

X

En los últimos días de octubre, el marqués de X..., del que ya hemos publicado una carta, escribía á su protegido Vibert :

« Palabra de honor, niño, que lo que me confiáis en vuestra última misiva excita, lo confieso, mi curiosidad. Estaba terriblemente aburrido y habéis venido á sacarme de esta nostalgia algo excesiva. Muy bien ; por poco que me distraigáis, erminaré por cederos algo en mi testamento en perjuicio de mi sobrino, ¡un briboncillo que se permite explanar ante mí las ideas liberales!... ¡que ha osado arrojarme á la cara que no era de mi siglo! ¡Vive Dios! he aquí una palabra que podría muy bien costar dos ó tres millones. ¡No es de mi siglo!... ¿por qué? porque digo: el Jardín del Rey en vez del Jardín de plantas...

»He reflexionado mucho el plan que habéis concebido y que me habéis comunicado. ¡Pues bien! dicho entre nosotros, es absurdo, imposible, estúpido...

»¡ Ah ! si vuestra bella viuda de la calle de la Paz fuese parisiense, os diría : *Bernique, mi buen amigo, es incapaz de llevar á cabo semejante empresa*; pero

es italiana, italiana del Norte, genovesa; puede fiarse de semejantes mujeres ; no ha degenerado todavía como muchas de sus compatriotas y todas las nuestras. ¡No son muñecas de salón, son verdaderas mujeres!... Examinad á la vuestra, y comprenderéis lo que os digo. Envolverá á ese Savari, le deshará, no quedará más que un trozo; vuestra idea de compararlos á Dalila y Sansón ha sido muy luminosa.

»Pero, decidme ; ¿ha aceptado ella el plan que le habéis propuesto? Vuestras últimas confidencias se detuvieron en lo más interesante. No dejéis de participarme todo lo que ocurra.

»P. D. — El Gobierno de Julio hace bastante mal las cosas, el camino que habéis emprendido puede arrastraros y conduciros á gastos que os será difícil cubrir, á pesar de vuestra buena intención. Girad sobre mí todo el dinero que necesitéis... precisamente no tengo que hacer economías para nadie... ni para mi sobrino. ¡No soy de su siglo! ¡Imbécil!... ¡Todo eso lo pagará!»

Vibert se apresuró á contestar:

»Señor marqués, llegué anteayer á las diez de la mañana, á casa de la señora Vidal, como [le había anunciado la víspera. Esta vez no tuve que esperar, me recibió enseguida diciéndome :

»—He reflexionado mucho, y si no hay otro medio creo tener que aceptar vuestro plan.

»—Muy bien, señora,—contesté.

»Decidido esto, discutimos todo el proyecto considerándolo desde todos los puntos de vista que se podía.

»En nuestra última entrevista, señor marqués,

tuve el honor de hablaros de una tal Pelagia d'Ermont, mujer galante. Os dije también la naturaleza de sus relaciones con Alberto Savari; de ellas pienso sacar gran partido; en casa de esta *señora* es donde han de encontrarse Savari y la señora Vidal por primera vez. He aquí mi proyecto:

»Ayer, á las dos de la tarde, llamé en el número 10 de la calle Blanche, casa de Pelagia. Si me hubiérais encontrado en la escalera no me hubierais conocido; he aquí mi equipo, en dos palabras: gabán, corbata y chaleco negros, pantalón gris, guantes perla, gasa en el sombrero, gran cadena de oro en el chaleco y un brillante en el alfiler de la corbata, otro en la mano derecha que dejé desenguantada. Ya veis, señor marqués, que estaba admirablemente. Inútil creo deciros que mis piedras preciosas son imitaciones sin igual.

»—¿La señora está visible?—pregunté.

»—No sé, señor. ¿Si el señor quiere darme su nombre?—díjome una especie de doncella.

»Desde luego, con acento difícil de comprender, toda vez que trataba de hacerme pasar por un extranjero y como si me costara trabajo la pronunciación francesa, contesté con acentuación italiana muy marcada:

»—Mi nombre es desconocido á vuestra señora; vengo recomendado por varios de sus amigos; he llegado de Nápoles, y si queréis hacerle pasar mi tarjeta...

»Di una de las tarjetas que había tenido buen cuidado de mandarme hacer la víspera, y la doncella, después de haberme hecho penetrar en un elegante

salón, fué á prevenir á su ama. La señora d'Ermont no tardó en aparecer; es rubia, algo gruesa; puede decirse que es una linda mujer todavía; sus rasgos son finos y debe haber sido muy hermosa; vestía un peinador de seda azul que permitía adivinar sus acentuadas formas.

»—Señor conde,—me dijo, leyendo la tarjeta que le había hecho pasar y que aún tenía en la mano,—celebro conoceros; hacedme, pues, la merced de sentaros. Decís que estáis recomendado por...

»— Por varios de vuestros amigos, señora; el marqués de Santa Vicchini entre otros.

»—¡Ah! hace ya cinco ó seis años que no le veo; ¿sigue bien?

»—Perfectamente, señora.

»—¿Venís de Nápoles, conde?

»—Directamente, señora.

»Para no cansaros tanto, señor marqués: después de las pueriles banalidades que se hablan en estos casos, entramos en materia, y díjele no conocer París; y agradarme la sociedad de las mujeres; preguntóme si era casado, á lo que contesté que no y que ni aún una querida tenía; fingíme enamorado de ella, lo que no le pareció mal. Díjela que había venido con una parienta mía y le pedí venia para presentársela. Esto pareció confundirla, y en efecto, era chocante. Ser un hombre de mundo y arriesgar semejante presentación...

»Por último, admitió, pero diciéndome que previniera á mi parienta que su reunión era íntima, que ni se bailaba ni se tocaba el piano, sino sencillamente se hablaba, y que algunas veces, cuando, la

conversación languidecía, solía jugarse algo, pero muy poco.

»Después me he despedido. He aquí, señor marqués, el relato exacto de mi primera entrevista con la Pelagia d'Ermont. Creo haber representado bien el papel.

»Esta noche el primer encuentro de Savari y la Vidal. ¡Si ésta se hace traición será menos fuerte de lo que creo! ¡Tiemblo ante este pensamiento!»

Vibert había representado su papel de una manera notable; hombre extranjero, rico, no sabiendo qué hacer de su fortuna, pichón dispuesto á dejarse desplumar y dejándose enredar en las redes de Pelagia d'Ermont.

A las diez, cinco ó seis de las amigas más íntimas de Pelagia estaban reunidas en su salón esperando la hora de pensar en lo serio, es decir, en dirigirse á las mesas de juego. Aquellas jóvenes hablaban de cosas indiferentes, quejándose á Pelagia de que se jugaba con mucha frecuencia y que podría alguna vez hacerse alguna banca rota, á lo que la señora d'Ermont arguyó que no había peligro, demostrándolo con la lectura de la siguiente caria impresa.

El barón Arturo de Fontelle, tiene el honor de prevenir á sus amigas, queridas y proveedoras, que es mayor de edad, el 10 del corriente. Sus amigos pueden, pues, impunemente ganarle el dinero jugando, sus proveedores darle crédito, sus queridas arruinarle.
— *El barón es el solo responsable de sus actos.*

—Esperando que se le forme un consejo judicial,

lo que no ha de tardar,—hizo observar una de las jóvenes, llamada Armada, mientras que hacía pasar de mano en mano aquella extraña esquila.

Entre once y doce de la noche, los salones de Pelagia estaban concurridísimos; Savari llegó de los últimos; las mujeres que antes lo habían tratado lo acogieron con gran entusiasmo; los hombres se mostraron algo más fríos. La entrada de Vibert y de la señora Vidal, no fué muy notada; hacía una hora ya que las mesas de juego estaban funcionando, *los burlotes* sucedían á *los burlotes*, y cada uno defendía el dinero del mejor modo posible. Esto lo había previsto Vibert cuando llegó, lo más tarde posible á casa de Pelagia. No confiaba aún en las fuerzas de Julia y había querido allanar ante ella los primeros obstáculos; temía que esta honrada joven, al encontrarse de pronto en presencia de aquellas mujeres, más ó menos libertinas, no pudiese ocultar su repugnancia; su lenguaje y su maneras debían herir su delicadeza; era capaz de huír de aquel salón y renunciar á sus deseos. Pero ya hemos dicho que las mujeres que juegan son, más que mujeres, jugadores; su conversación se reduce á estas palabras, que pertenecen á todas las clases de la sociedad, desgraciadamente: *Juego; el rey es bueno; tanto á la sota...* etc. Además, Julia no había sido presentada en el mundo por su marido; así que ignoraba lo que en él sucedía. Podía tener repugnancias instintivas, pero detalles que hubieran chocado á una parisiense, á ella le escapaban. En una palabra: proseguiría la venganza con todo el ardor de su naturaleza meridional, con el fuego de sus veintidós años, con su temperamento

exaltado. Poco le importaban los sufrimientos del amor propio, los peligros que podría correr su reputación, los disgustos que iba á experimentar. Cuando se sintiera desfallecer, aspiraría un rfasquito de sales inglesas y recordaría las palabras escritas al morir, con la sangre del único hombre á quien había amado:

Julia, véngame.

XI

Atenta y grave, Julia Vidal, sentada sobre un *canapé* en un rincón de la sala, observaba á Alberto Savari, que estaba cerca de ella, en una mesa de juego. Sabemos que le había visto una vez en el despacho del juez de instrucción, y había podido, por lo tanto, familiarizarse con su aspecto y estudiar su fisonomía; pero éste no era el hombre que ella conocía. Obligado á defender su libertad, su vida quizás, ante el juez había sin duda adoptado un rostro de circunstancias; su salvación podía depender de un gesto, de una mirada ó de un cambio de color súbito. En casa de Pelagia no estaba obligado á defenderse; creía que nadie le observaba; todos los jugadores seguían con atenta mirada las cartas que *saltaban* sobre la mesa, y la fisonomía de Alberto cambiaba según aquéllas; Julia, interesada, hacía notables observaciones. Lo que más le llamaba la atención era la profunda tristeza que parecía cubrir el rostro de Savari. Este hombre debía experimentar un gran dolor, ser presa de profundo pesar ó estar torturado por terribles remordimientos. Sus mejillas habían enflaquecido y su rostro tomado un tinte pálido. Aunque parecía interesarse en la partida que á

su vista se jugaba, Savari no tomaba aún parte muy activa; en una de las manos tenía un puñado de luses, y observaba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro. Era Vibert, que después de haberlo examinado tan atentamente como Julia, se le había ido acercando poco á poco.

—Perdonad, señor,—dijo el agente de policía con el acento italiano que le hemos visto adoptar, —todas las personas reunidas en este salón están ocupadas en jugar; vos solo no lo hacéis. ¿Haríais el favor de prestarme un servicio?

—¿Cuál?—contestó bastante friamente Savari después de haber mirado á su interlocutor.

—Soy extranjero, italiano, como es fácil notar por mi pronunciación, y muy poco al corriente de la partida que se está jugando; quisiera, sin embargo, tomar parte, desde luego por distraerme; tendríais la amabilidad de consagrar un momento á enseñarme la marcha del juego?

—No veo en ello ningún inconveniente, si esto os es agradable,—contestó Savari.

—Os lo agradezco infinito; ¿podré, pues, sentarme cerca de estas señoras y arriesgar algunos billetes de banco sin parecer ridículo?...

—¡Oh! En cuanto á eso, señor, permitidme deciros que jamás se hace el ridículo cuando se arriesga el dinero con las señoras.

—¡Verdaderamente! ¿les gustan los billetes, quizás?—replicó Vibert sonriendo lo más lisamente posible.

—Los adoran,—dijo Savari.

Y fué á tomar de encima de la chimenea una ba-

raja que los jugadores acababan de abandonar, y reuniéndose á Vibert que había permanecido al lado de la mesa:

—Cuando queráis, podemos empezar,—exclamó:

—¿No estaríamos mejor sentados?

—Como gustéis; aquí hay dos sillas.

—¡Es que no estoy solo!

—¡Ah!

—Sí, tengo una señora, una compatriota; y de buena gana aprovecharía esta lección, y si vos lo consentís...

—¿Dónde está esa señora?

—Allí... no conoce á nadie, habla imperfectamente el francés y es muy tímida.

Por primera vez, la mirada de Savari se cruzó con la de Julia; la mujer de Mauricio Vidal sostuvo con valor este primer choque; Vibert, antes que la emoción la venciera, avanzó y apresuróse á hacer la presentación. Después de ésta, Savari se sentó en el canapé, al lado de Julia, y enfrente de Vibert y empezó la lección prometida. Terminada que fué, se oyó una voz en la mesa de juego que decía:

—Hay diez luses de *banca*; ¿nadie los copa?

—Voy á ensayar,—dijo Vibert, levantándose.

—No os lo aconsejo,—repuso Savari.

—¿Por qué? Gracias á vos, señor, conozco ahora el juego.

—No estáis lo suficientemente fuerte para luchar con la persona que tiene las cartas en este momento.

—¡Bah! Es lo que no sabemos;—replicó Vibert que creyó llegado el momento de reunir de lleno á Julia y Savari.

Dejólos y se aproximó á la mesa en la que procuró hacerse sitio, para lo cual tuvo cuidado de sacar con intención, de su bolsillo, una carterita repleta de billetes de banco, al parecer.

El hecho es que había compuesto la carterita repleta con un arte infinito: dos ó tres billetes de banco, fruto de sus economías, envolvían ostensiblemente papeles sin importancia, formando de este modo pequeños fajos sobre los que se veía escrito: cinco mil, diez mil, quince mil francos. Esto produjo sobre los jugadores, y sobre todo, en las jugadoras, un gran efecto; Vibert aprovechó la ocasión para aventurar algunos luisés; conocía de larga fecha, de nombre ó vista, parte del personal femenino en medio del cual se encontraba y tenía buenas razones para desconfiar; si jugaba, era con el objeto de no despertar ninguna sospecha y llenar en todos sus detalles el papel de rico extranjero. Además, aquel juego le era tan familiar como á su profesor Savari. Empezó á jugar y como novicio á tener suerte. Ya tenía un montón de luisés ante sí, cuando sintió que se apoyaban en el respaldo de su silla; era Savari.

—¿Aprovecháis mis lecciones?—le dijo éste.

—¡Oh, muy poco!

—¡Cómo muy poco! ¡Tenéis cinco ó seis mil francos ante vos!

—Cosa insignificante,—replicó Vibert con el tono desdeñoso del millonario.

—Entonces, puesto que ganáis tan poco, no oiréis á la persona que me envía...

—¡Ah! ¡se os envía!... ¿qué se me quiere?

—Desea salir... y se me ha rogado os lo diga.

Vibert se apresuró á levantarse. Se oyó un grito de asombro general.

—¿Qué, partís ganando tanto dinero?—dijo la una.

—El señor teme de perderlo;—arguyó otra.

—¡Tenía más confianza en vos, querido conde!—objetó á su vez Pelagia.

Vibert comprendió que su partida sería mal interpretada y que cometería una imprudencia descontentando tan vivamente á las gentes entre las cuales se hallaba.

—Señoras,—dijo,—tengo la obligación de acompañar á su casa á la persona con quien he venido, y que el ardor del juego ha hecho que me olvidase: estoy de vuelta al instante y dejo el dinero sobre la mesa para que señale mi sitio.

Esta frase allanó todos los obstáculos; Vibert se unió á Julia y salió con ella.

—¿Y bien?—le preguntó al descender la escalera.

—Le he encontrado como me habíais prevenido,—contestó Julia;—¿pero le volveré á ver?

—Sin duda; si no le volvéis á ver, esta primera entrevista sería inútil.

—¿Dónde le encontraré? Desearía no verle en esta casa, en medio de esta sociedad que no es la mía.

—No le veréis aquí.

—¿Entonces qué imagináis?

—Nada todavía, pero veré, fijos de mí. Vuestras convicciones acerca de Savari ¿no han sido quebrantadas por la conversación que habéis tenido con él?

—No, pero nada ha venido á fortificarlas.

Al hablar así, habían descendido la escalera y llegado á la calle.

—Me veo en la precisión de volver á subir á casa de esa señora d'Ermont,—dijo Vibert.

—Nada más fácil; haced venir un carruaje y dad mi dirección al cochero.

—¿No teméis encontraros sola tan tarde? Tengo tiempo de acompañaros.

—¿No, gracias. Quiero llevar hasta el fin la tarea que me he propuesto, debo familiarizarme con todas las dificultades de mi posición.

Pasó un coche vacío, lo detuvieron, y Julia tomó asiento en él.

—¿Tendré el honor, señora,—dijo Vibert al tiempo que cerraba la portezuela,—de ser recibido mañana para que decidamos lo que convenga hacer?

—Estaré todo el día en casa.

Vibert siguió un instante con la vista al carruaje que llevaba á la señora Vidal; alguien que lo hubiera observado en este momento hubiera notado en su mirada alguna cosa extraña. Su pequeña talla se enderezó, sus ojos tomaron otra expresión y dirigióse vivamente hacia la casa que acababa de dejar.

—El primer paso ya está dado,—se decía el agente de seguridad al subir la escalera;—¿pero y el segundo?... Si esta noche misma no encuentro medio de liar una intriga con ese Savari, se nos escapa. ¿Mas qué medio emplear?...

De repente se detuvo exclamando:

—¡Ah! ¡pardiez! lo encontraré; *Eureka*, que diría mi protector el marqués X..., ¿por qué la fortuna que acaba de secundarme me abandonaría?

Llamó á la puerta de Pelagia d'Ermont y fué introducido. Eran próximamente las tres de la mañana. Durante la ausencia de Vibert, el juego había tomado nueva animación. Savari tallaba, y la fortuna le favorecía; tenía tres mil francos de banca. Vibert fué á ocupar un sitio silenciosamente y esperó.

Abreviaremos suprimiendo los detalles que nada interesan al lector, al que le bastará saber que Savari fué desbancado por nuestro agente y que éste ganó cuanto dinero había en las mesas, á fuer de novel jugador.

Después se llegó á lo que se viene á parar siempre en las partidas de este género; después de haber jugado dinero contante, se jugó sobre la palabra. Aquí esperaba Vibert á Savari. Este, indignado por el éxito de su adversario, y conociendo, efecto de una larga experiencia, los peligros de las nuevas partidas que se entablaban, no se arriesgó más que con mucha reserva. Puede que hubiese renunciado á luchar más tiempo contra la mala fortuna, si hubiera seguido perdiendo; pero la casualidad quiso que ganara los primeros quinientos francos jugados sobre su palabra; creyó que la vena le volvía y que iba á tomar la revancha á Vibert; jugó, jugó sin prudencia, la fiebre del juego le volvió á dominar, y empezó á perder de nuevo; los dos años de práctica no le habian servido de nada. Ya no luchaba contra una cosa inmaterial, contra las cartas, contra el juego; luchaba contra Vibert, cuya buena suerte le exasperaba; considerábalo como un enemigo. Se obstinaba en vencer á un enemigo invencible. Una especie de embriaguez, la más peligrosa de todas, la que pro-

cura el juego, se había apoderado de su espíritu.

A las ocho de la mañana, Vibert seguía siendo el afortunado banquero; en fin, cuando ya tenía perdidas Savari cantidades respetables, Vibert declaró que estaba rendido de fatiga, y que el lecho le reclamaba imperiosamente. Esta declaración no tenía nada de insólita. Se había prometido que se dejaría el juego á las ocho, y las ocho, y las nueve ya habían dado hacia rato, estando al caer las diez. El juego cesó, lavantáronse de los asientos, abriéronse las ventanas y el sol penetró en aquel *garito elegante*. Salieron en busca de carruajes y cada uno volvió á su domicilio.

Autes de despedirse de Vibert, Savari le había dicho :

—¿Adónde debo, señor, remitiros lo que me resta de la deuda?

—Si lo tenéis á bien, calle Richelieu, al *Hôtel des Princes*, en que habito provisionalmente, — había contestado sin vacilar el agente de policía que esperaba esta pregunta.

Saludáronse cortesmente y cada cual tomó por su lado.

XII

Vibert descendió á pie por la calle *Blanche*; tenía necesidad de andar, de respirar; la cabeza le parecía pesada, sentía dolores en las articulaciones.

No hemos de confundir á nuestro agente con la masa general de los jugadores felices; no era la dicha de haber ganado y de contar el oro en sus bolsillos, lo que le tenía satisfecho : era el haber llevado á feliz término la primera batalla, el haber entrado bajo muy buenos auspicios en la primera campaña. No se decía : ; con todos estos billetes de banco, cuántos caprichos voy á satisfacer! Exclamaba : mi deudor, Savari, se halla á merced mía, y se encuentra más atado que si se hallase en la Conserjería. Soy más terrible juez de instrucción que el señor Gourbet, porque tengo el tiempo y el espacio ante mí y una mujer á mi lado, de la que dispongo, una mujer más interesada que yo en mis proyectos. Después añadía : Con el dinero que he ganado y que tengo en el bolsillo, puedo hacer la vida de Savari, participar de sus guestos y placeres, seguirle paso á paso, comer en el Café Inglés, si es preciso, yo, el hombre de los figones de veinte sueldos; tomar coches, yo que vacilaba en subir á un ómnibus. En fin,